

JOSÉ JOAQUÍN BERMÚDEZ OLIVARES

los cuatro santos



JOSÉ JOAQUÍN BERMÚDEZ OLIVARES

**los cuatro santos**  
**(trilogía del medio siglo)**



ESLES DE CAYÓN  
2019

© De los textos: José Joaquín Bermúdez Olivares

Madrid, 2019

Edita: La Huerta Grande Editorial  
Serrano, 6 28001 Madrid  
[www.lahuertagrande.com](http://www.lahuertagrande.com)

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-22-8

D. L.: M-2244-2019

Diseño de cubierta: Enrique García Puche para Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, Av. Valdelaparra 27. 28018 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

## Introducción

Y despertar en una casa costera, bajo la quilla invertida de una barcaza, como aquella de Yarmouth para David C. ¿Por el azote del viento, una galerna del oeste? No, era un día silente, las sombras danzando como insectos acuáticos, de puntillas en la tensión superficial. Despertar, más que de un largo sueño, de una temporada en el infierno.

Amontonando referencias pseudo-culturalistas, paseando hasta un banco desolado, James, Dickens, Darío, Rimbaud... arena en el aire, un libro de arena, *sandyman*. Desolación de la quimera, *sand*, Sanders, arena en la playa nórdica, arena, sílice, vidrio, arcilla, porcelana, marionetas, un tratado de materiales, materiales de ficción.

¿Una vieja ciudad catedralicia, sin catedral? ¿Cómo puede ser una vieja ciudad catedralicia sin catedral? Una ciudad de provincias, paseo del muelle, caja de ahorros, procesiones, envidias locales, museo de cera, museo arqueológico, un banco de la desolación, muralla de mar, muralla de tierra, etimologías. Restos de arena, operaciones púnicas, arsenal.

Poetas, cartas, poesía propia y ajena, embargos judiciales, intereses creados, arenisca, puertos de interior, Sierra de Gredos, dobles parejas ¡una estructura cuatripartita! Dos, tres, cuatro... el que empieza a contar —a narrar— se pierde, rompe la unidad, inaugura el alud de granos de arena, quiere encerrar en su cubo de

playa (playa arenosa) el tiempo todo del mundo. Citas, intrigas, un manuscrito encontrado, *topoi*. Pero esas quejas, ¿por qué? ¿Quién eres tú? ¿Quién soy yo? ¿Quién soy Yo? No, ¿quién eres TÚ, mi Señor, único Creador? Creador del Logos y del Tiempo.

## Segunda parte. La ciudad. Capítulo I. Plazas

Con su uniforme de «tropical», guayabera blanca, jipijapa, pantalón de mil rayas y sandalias de hebilla con calcetines color hígado de pato seriamente enfermo (sufridos), y un bastón reglamentario —de esos que permiten la visión nocturna, con longitudes de onda cercanas a los 500 nm, esos bastones omnipresentes salvo en la fovea, cabe la cávea de un incierto teatro romano sumergido en la oscuridad de la noche de los tiempos, esos bastones más delgados que los conos, tan sensibles que (eso asegura el profesor Bacterio) pueden detectar la energía de un solo fotón hachenu, electronvol-tio, wikipedia *avant la lettre*—.

Subiendo hacia los barrios bajos, por calles que empiezan por «A»: calle del Alto, calle del Ángel, calle del Aire, hacia la plaza de toros, fundada un siglo antes. Ahora provista de grandes comodidades, no como esas plazas que describiera González Solana o pintase Zuloaga; plaza de arena color albero (¡qué bien ven los colores los conos!, bajo una luz mediterránea, clara, conspicua, cercana ya al solsticio de verano, luz tropical con muchos millones de fotones, luz radiográfica como el nuevo equipo que adorna la enfermería de la propia plaza). Arena que se desangra por los callejones adyacentes, acompañando a su hermana granítica de tanto monumento desgastado por el peso de la hojarasca que deja el paso del tiempo, arena de playas cercanas, de calas y algamecas, de cabos y ensenadas ¡don Zenón!

## II. 61.3 (Palimpsesto)... Cuando los toros.

Primera feria taurina del Corpus, 16 de junio: Jaime Ostos, Diego Puerta y Paco Camino. Cartel a la venta por cuarenta euros en internet.

Plaza construida sobre las ruinas del anfiteatro, tal vez tiberiano, tal vez Tiberíades, pista arenosa de carreras de cuadrigas, orilla arenosa de lago milagroso, terreno de arrabal, ganado al mar, *Mare Nostrum*, plaza inaugurada por Cuchares, el del arte. Plazas que suben hacia la plaza: plaza de San Ginés con su monasterio derruido, plaza de Antigones con su cuartel abandonado, plaza del Hospital con su aljibe enjalbegado, calles de nombres sonoros: del Duque ¿de Veragua que viene a ver sus toros lidiar?, de los Cuatro Santos, calle del Doctor Fleming cuyo descubrimiento salvara a tantos toreros, calle de Alfonso XII ¿dónde vas triste de ti?, calle de Gisbert con sus refugios anti-aéreos, subida al parque de Torres (echando pan a los patos...), murallas de arenisca, arena en los zapatos, zapatos el Gallo ¡quién lo pensara!

Un hombre solo, entrada de sol y sombra —de ahí el jipijapa—, la elegancia de Ostos, el valor de Puerta, la maestría de Camino (apenas un muchacho pero nadie ose llamarlo así). Pasodobles nativos: *suspiros de España, la gracia de Dios, el abanico...*, aún toca la banda de Infantería. Un regusto de sol en las cicatrices, un resto de arena en las sandalias, una misión. Bajar es más fácil, entre la chiquillería, hacia la Merced que todos llaman el Lago, con sus puestos de *chambis* (tutifruti, vainilla, medio de horchata de chufa —que no sea todo hielo—, dos bolas de fresa en un barquillo). Apunten ese barquillo, es importante, y distinto del que, por dos reales con su agujero, sirve el barquillero del muelle, junto a los caballitos y la tómbola ...*siempre toca, si no un pito, una pelota...* aunque es verano, el

faro de Navidad lanza su destello estroboscópico, ciclópeo, nadie me ha hecho daño, nadie me ha herido, nadie. ¿Quién soy, soy yo, soy nadie?

Bajando por la calle Marango —marengo, marlango, azul marengo, batalla austrohúngara—, cerca de la casa derelicta del inventor local, buscando una extraña asociación cultural «privadas rejas», o ponga herrumbrosas verjas o coloradas picas, da igual, todo es ruina y arena, pasado y muerto, desolación de la quimera, *quest* póstuma, muerte de Arturo. Pensando en su misión (no se preocupen, a la tercera invocación de la misión se hará efectiva, como en la repetición mágica o jaculatoria, pero no ahora, aún no, denme mil palabras más), no misión paraguaya con sus espías, ni música de ennio ¿quinto, sexto?, ni dirección de rolando, ni *starring* *J.I.* Debo buscar a una pareja, no buscar pareja, una pareja de eruditos locales, de pícaros culturales, de arribistas logreros, de bombos mutuos: Pancho y Rancho (aunque el nombre está cogido, dejaré el asunto en manos del departamento legal de serrano seis).

Creo que lo he hecho todo mal, he introducido a los secundarios antes que al narrador, y tampoco conocen ustedes al inspirador de esta general historia, una voz de ultratumba ¡saludos Chateaubriand, qué buenos tus filetes! Y he usado un libro que ustedes no han leído, un libro selecto. Recapitulemos.



## Primera parte. Desolación

### Capítulo I. Convalecencia

Cuando hemos sufrido tanto, perdido tanto, perdido hasta nuestra lengua materna (¡madre, qué poco he podido escribir aquí sobre ti!), el sonido de otra, extranjera, llega amortiguado como por mordaza de franela. Tiene adherido un pastoso olor a sopa de guisantes, y un color sinestésico gris rata fúnebre, traje de faena de un ejército en maniobras ¿Aldershot, anothershot? Aunque las palabras son amables y el tono, dulce:

—Tome un poco de estofado, tiene mucha energía (era Bovril, por Dios).

—Beba un poco de leche, es de la cooperativa.

—Aquí tiene otra almohada, la ha mullido Maggie.

(la idea es que ustedes traduzcan estas sencillas frases al inglés, con acento del sur).

Si recuerdan (*vid. El hombre de negro*, en esta misma colección) la enfermedad del mosquito kazi seguida de la noticia de las muertes de mi hija y de mi nieto (hay golpes en la vida tan fuertes...), me había sumido en un estado catatónico, sucesor del dolor cuando no se puede sufrir ya más, una pérdida de conciencia y de consciencia, una niebla impenetrable, una grieta en la memoria, un vacío... (*vid. There is a languor of the Life*, de Emily Dickinson). En aquella casa de estilo holandés, donde una familia amiga de la señorita Marirot me había acogido junto al mar del Canal, con todos los gastos pagados por la

Fundación de Paul Enc y el Ministerio —influencias del C.G.—, y un doctor (amigo de la familia), de hábitos severos, poco amigo de las cirugías innecesarias y de las explicaciones parapsicológicas, totalmente a mi servicio. Un proceso, mezcla de fiebre cerebral y reumatismo nervioso (esos procesos tan caros al citado Wilkie Collins, con sus notables iniciales WC, como las del cómico Fields).

Habían pasado estaciones repetidas, el ciclo de las aves migratorias, de las faenas pesqueras, de botaduras y retiradas de barcos de su graciosa majestad británica, había pasado un ciclo olímpico ¡público! y mil portadas de *Life* y *Paris Match* («parís *match* y parís menos»), como bromeaba alguien, ya no recuerdo su nombre, una graciosa aprendiz de escritora francófona que el camino apartó de mi lado, no importa ya). Cuba ya no era Cuba y en España se aprobaban leyes sin mucho sentido, y un príncipe ya era mayor de edad legal a todos los efectos. En los peores momentos había oído martillar tablas de ataúd (para los seres queridos), en los menos malos, las gaviotas me hacían compañía, buscando incansables alimento para su vida sin fin. Yo estaba postrado, tendido, atendido, ausente, indigno de entrar en tu casa, indigno de que entres en la mía, vacío.

I.131.9. A vosotros mi lengua no debe ser extraña.

Esa lengua tan digna que el mismo César Carlos, nacido al otro lado del canal, la usara en aquellas jornadas de Bruselas, después de haber desterrado ¡a una ínsula! al mismo Garcilaso, su *miglior fabro*. Llegó el día en que las brumas septentrionales me llenaron de angustia, y quise volver a una tierra de sol y armonía, a la España eterna y entera. El día, además, en que tuve una misión (como diría Swinburne de Wilkie), ha llegado el momento de volver en busca de los cisnes, eucarísticos y breves, de mi vida residual.